

## P GT1

Respuestas al cuestionario de Le Monde Diplomatique. Mario Payeras, septiembre 1985. Docs.31

Documento que contiene una serie de preguntas y respuestas acerca de una posible intervención norteamericana en el país, conflictos fronterizos, sobre Mejía Víctores como posible sucesor a la presidencia de Guatemala, sobre el ejército guatemalteco y la situación del movimiento revolucionario, entre otras.

**Clave expediente** P GT1

**Fondo** Payeras

**Volumen**

**Año de publicación** 1985

**Año final** 1985

**Sección temática** 1985

**Serie geográfica** 1985

**Sección relacionada**

**Serie relacionada**

**Observaciones** Documento mecanográfico en fotocopia

**Fuente** Yolanda Colom

RESPUESTAS AL CUESTIONARIO  
DE LE MONDE DIPLOMATIQUE

Mario Payeras

¿Qué implicaciones tendría para el actual régimen guatemalteco la consumación de una intervención militar directa norteamericana en la región, o bien el posible estallido de un conflicto fronterizo entre Costa Rica-Nicaragua u Honduras-Nicaragua?

Aparentemente, el plan intervencionista yanqui contra la Revolución nicaraguense se basa en la que podríamos llamar estrategia de triple tenaza: geoestratégica, político-diplomática y militar. La idea general consistiría en aprisionar a la revolución entre los anillos constrictores de una anaconda intervencionista constituida por un primer anillo de alianzas militares internacionales, un segundo formado por factores político-diplomáticos y un tercero compuesto por elementos directamente militares. El primer anillo lo conforman el papel de bases de agresión que juegan Honduras y Costa Rica, cuyos gobiernos han accedido a cumplir el ominoso papel de centros de retaguardia donde los yanquis despliegan fuerzas y medios, sirviendo como asiento a una infraestructura bélica que va desde instalaciones de espionaje electrónico hasta grandes bases fortificadas. El objetivo de este primer anillo es encerrar a la revolución en sus

--2-- Respuestas a Le Monde

fronteras nacionales y contar con puntos de retaguardia para el despliegue de fuerzas mercenarias y ulteriormente de tropas norteamericanas. El segundo anillo estaría formado por el frente político interno y por las presiones diplomáticas y económicas. Es decir, la unidad de la contra y su concierto con sectores de la burguesía, la jerarquía católica, La Prensa, etc., frente político interno que combinan con el bloqueo, el desgaste económico aprovechando el sector informal y las presiones diplomáticas. El objetivo de este segundo anillo es el desgaste político, económico y diplomático de la revolución, y la creación de una fuerza beligerante contrarrevolucionaria que justifique ulteriormente una intervención militar directa de tropas norteamericanas. El tercer anillo serían los factores militares directos: las fuerzas armadas de la contrarrevolución y la flota norteamericana desplegada en las aguas adyacentes a Nicaragua, principalmente en el Pacífico. En la lógica del plan imperialista, éste sería el escalón decisivo, puesto que entraña el uso directo de la fuerza militar. El propósito de este anillo consistiría en acorralar a la revolución en la franja costera del Pacífico, base histórica de aquella y área en la que se concentran los principales recursos de infraestructura, económicos y militares. En una primera fase, el propósito yanqui es abrir frentes militares situados en profundidad

--3-- Respuestas a Le Monde

en el territorio central (Matagalpa), a partir de incursiones de la contra desde las bases de retaguardia situadas en Honduras y Costa Rica, para en una segunda fase integrar el teatro de guerra de sur a norte, logrando la cooperación de los frentes de operaciones, cortando en dos el territorio, privando al FSLN de vía de retirada o de maniobra y creando así condiciones para desencadenar la intervención directa con sus tropas, a partir de bases terrestres de partida o de desembarcos desde las unidades de superficie de la flota yanqui. En esta tercera fase entrarían en acción las llamadas Fuerzas de Despliegue Rápido, las cuales se basan en los criterios doctrinales de despliegue en lapsos breves y saturación del teatro de operaciones. Ambos criterios están determinados por el principio de economía de fuerzas en función política, principalmente en atención a la opinión pública norteamericana, cuya influencia crucial en la marcha de las decisiones político-militares del imperia- lismo conocemos. Los objetivos alternativos de esta dirección estratégica serían: a) Derrocar al gobierno revolucionario; b) Forzar su recomposición o el contenido de su programa; c) Establecer un gobierno contrarrevolucionario en algún punto del territorio nicaraguense con calidad de fuerza beligerante; d) Crear condiciones propicias en el área para intervenir militarmente contra el FMLN en El Salvador.

--4--Respuestas a Le Monde

Se trata de una hipótesis, pero es la que se desprende de la lectura de los hechos. Tras la derrota en Vietnam, los estrategas norteamericanos se cuidan especialmente de guardar el secreto y desinformar sobre sus planes, sobre todo en atención a su propia opinión pública progresista. La debilidad de semejante concepción estratégica, por supuesto, consiste en que la anaconda --como señalaba Engels a propósito de la Guerra Civil Norteamericana, en 1865-- puede ser cortada en cualquier punto y después los anillos ser descuartizados por separado. En la actualidad, esto está ocurriendo ya con el tercer anillo y puede ocurrir con los restantes. Es la interpretación que hacemos de la fracasada campaña contrarrevolucionaria en Trinidad-Estefí, en agosto.

Es llegado a este punto donde cobra la máxima importancia responder a su pregunta. Para los yanquis, en efecto, no se trata únicamente del principio del secreto y de la desinformación alrededor de su decisión estratégica: se trata de que sus planes han tropezado reiteradamente con obstáculos derivados de las contradicciones que enfrenta la política imperialista con sus aliados históricos en el área. Al sector más agresivo del gobierno de Reagan, en realidad, no le ha sido fácil disciplinar a todos los gobiernos y ejérci-

--5-- Respuestas a Le Monde

tos de la región que éste habría deseado para implementar su intervención. El ejemplo más evidente de estos tropiezos es la virtual insubordinación del ejército guatemalteco. Por lo tanto, antes que preguntarnos sobre las implicaciones de la intervención directa yanqui para el régimen guatemalteco, lo que corresponde es analizar cuáles son esas consecuencias para la estrategia imperialista.

Históricamente, la coherencia y el sentido de las doctrinas militares se dan ligados al desarrollo de las fuerzas productivas sociales. El desarrollo científico-tecnológico, el potencial industrial, la infraestructura de servicios en general y las comunicaciones en particular, determinan el carácter y el uso de fuerzas y medios, y en esa medida la naturaleza de la estrategia y la táctica. En el caso de los países centroamericanos, las doctrinas militares sustentadas desde la segunda mitad del siglo XIX por la mayoría de sus ejércitos, perdieron sentido progresivamente, en el marco del capitalismo dependiente del imperialismo. Bajo este sistema social, el desarrollo de doctrinas militares propias --y de la base industrial y tecnológica en que necesariamente se sustentan-- está fuera del alcance de las fuerzas armadas de países con economías pequeñas, especializadas histó-

--6-- Respuestas a Le Monde

ricamente en la producción de materias primas y productos agrícolas.

Sobre todo a partir de la Segunda Guerra Mundial, los criterios geoestratégicos prevalecientes en la metrópolis determinaron el encuadre de los ejércitos del istmo en la visión imperialista de la defensa hemisférica, subordinando doctrinas, modelos estructurales, e incluso tipo y cantidad de medios al criterio hegemónico de la potencia yanqui, a su enfoque de las prioridades estratégicas, a su concepción de los equilibrios regionales de fuerzas --en función de sus intereses económicos y políticos--, a su punto de vista de que la confrontación tiene lugar entre el este y el oeste, y a la particular visión que de todo esto se deriva respecto a la división internacional del trabajo, en el terreno militar. Las alianzas establecidas por el ejército guatemalteco con otros gobiernos genocidas (las Juntas argentinas, Israel, Taiwán, Chile), en los últimos años, así como sus esfuerzos por desarrollar una industria ligera militar, alivian el grado de sujeción al imperialismo que conlleva el encuadre en su esfera de influencia, pero no la eliminan ni neutralizan.

Sin embargo, la negativa actual del ejército guatemalteco a involucrarse en la guerra de intervención imperialista en el área no está motivada úni-

--7-- Respuestas a Le Monde

camente por el cálculo o por el chantaje político. La práctica histórica contemporánea revela realidades que los yanquis no previeron y que ahora se revierten contra su política. En América Latina, en la última década, las luchas clasistas y nacionales adoptan crecientemente en determinadas áreas y circunstancias, formas de enfrentamiento militar que ya no se reducen sólo a la modalidad de guerras locales de carácter irregular, puesto que no sólo algunos Estados, sino pueblos en lucha, han comenzado a construir ejércitos propios o tienen la posibilidad de hacerlo. El nivel que, por ejemplo, ha llegado a alcanzar la guerra en El Salvador así lo demuestra, y la intervención yanqui en Granada, así como la creación de verdaderos ejércitos contrarrevolucionarios en la frontera honduro-nicaragüense, constituyen ya la nueva respuesta imperial al fenómeno que señalamos.

En este nuevo contexto militar internacional, las mutaciones doctrinales y orgánicas que ha experimentado el ejército guatemalteco en más de dos décadas de contrainsurgencia, es uno de los factores que limitan a esta fuerza armada para secundar los planes militares yanquis en el área. Debido a las necesidades de la guerra interna, la institución ha devenido, ciertamente, en una maquinaria eficaz para la guerra irregu-

--8-- Respuestas a Le Monde

lar; pero inepta para la confrontación con estructuras regulares, como podrían serlo en el área el Ejército Popular Sandinista y aun los batallones del FMLN salvadoreño.

El fenómeno de debilitamiento orgánico de ciertos ejércitos del continente --a partir de las mutaciones que les impone el ejercicio de la contrainsurgencia-- no es exclusivo de la experiencia guatemalteca. Ocurrió también en el caso del ejército argentino, lo cual se demostró durante la guerra del Atlántico Sur. En las Islas Malvinas, un ejército degradado doctrinal, estructural y políticamente por la guerra sucia contra las fuerzas insurgentes del pueblo argentino, sufrió una ignominiosa derrota en la primera confrontación regular que sostenía en décadas. La incapacidad que demuestran ciertos ejércitos latinoamericanos --principalmente en Centro América-- para la guerra regular, y por el contrario, su vocación evidente como verdugos de su pueblo, no es sino uno de los resultados --en este caso en el terreno militar-- de la dependencia de nuestras sociedades al imperialismo, y comienza a expresar, en el hemisferio, los límites históricos de la doctrina contrainsurgente.

--9-- Respuestas a Le Monde

Dentro de este contexto, ¿qué significado tienen las declaraciones de Mejía Vítores en el sentido de que Guatemala puede convivir con un régimen marxista?

Tiene, en nuestra opinión, dos significados posibles. El primero es que para el ejército guatemalteco el costo en riesgos globales de su participación con tropas en una aventura militar, sería muy alto, atendiendo al nivel actual de insurgencia interna en las montañas, al potencial insurreccional de las masas en la ciudad, en las costas y en el altiplano centro-occidental; al riesgo de colapso virtual que un esfuerzo militar adicional podría representar para la economía en crisis y al efecto de reversión que la guerra generalizada en Centro América representaría para la fase de consolidación institucional en que se halla empeñado, en el marco de su estrategia de contrainsurgencia. Dicha fase se resume en el proyecto de elecciones generales y de traspaso de una parte del poder al nuevo gobierno. En ese sentido, las declaraciones de Mejía Vítores se explicarían como parte del chantaje, de la presión a los yanquis por la reanudación de la asistencia militar y económica. Los militares guatemaltecos saben perfectamente que el país es una pieza clave en el ajedrez centroamericano y que, por ahora, ellos son imprescindibles para cualquier movimiento de la pieza.

--10-- Respuestas a Le Monde

El segundo significado posible es que comenzaría a cobrar rango de doctrina de Estado lo que podríamos caracterizar como chovinismo contrainsurgente. Los dos últimos golpes de Estado se gestaron por divergencias doctrinales en el seno del ejército respecto al papel de la economía y la política en la guerra, implicando desplazamientos en la estructura jerárquica y de mando de la institución. Con el golpe de Estado de 1982, los llamados oficiales jóvenes (suboficiales y oficiales subalternos) desplazaron del mando a una cúpula integrada exclusivamente por generales. El golpe de Estado de 1983, a su vez, representó el desplazamiento de este nivel jerárquico y la toma del mando por los oficiales superiores (coroneles). La generación más representativa de la contrainsurgencia, la que integra en su formación los conceptos regulares y las doctrinas irregulares, y en su experiencia de mando la conducción a nivel estratégico y táctico, forma filas en este estrato intermedio. A diferencia de los generales, formados fundamentalmente en las escuelas yanquis, la oficialidad intermedia cuenta en su acervo teórico y doctrinal, además del pensamiento imperialista clásico al respecto, con las concepciones sobre las formas de la guerra antisubversiva contemporánea desarrolladas por los aliados más agresivos y anticomunistas del imperialismo, varios de los cuales se caracterizan por el hondo recelo hacia éste, a partir de frustraciones derivadas de la volubilidad yanqui en cuestiones geopo-

--11-- Respuestas a Le Monde

líticas. Tal es el caso de taiwaneses y militares argentinos. Lobos Zamora, actual jefe del Estado Mayor de la Defensa, ahora ascendido a general, es el más representativo de estos oficiales.

Para esta nueva élite militar, según nuestra hipótesis, el posible proyecto político del ejército no puede dissociarse de la redefinición de las reglas de juego con el imperialismo e implica un nuevo esquema de alianzas con la burguesía. Se basaría en un modelo económico de acumulación interna paralelo al sistema lati-minifundista de la oligarquía --a partir de los actuales Polos de Desarrollo--, asentándose en la sobreexplotación de la mano de obra masiva sometida por la contrainsurgencia y monopolizando sus mecanismos de comercialización, y complementando esta economía agroexportadora emergente con el desarrollo de la industria militar y con la extracción minera y petrolera. El modelo de reproducción externo exigiría la captura de los mercados del área, tras una hipotética pacificación, teniendo en cuenta la destrucción de la planta productiva salvadoreña, la debilidad objetiva a que se vería sometida Nicaragua en la nueva correlación de fuerzas y la debilidad comparativa de los restantes países frente a la economía más grande del área, la que cuenta con materias primas estratégicas en mayor cantidad y diversidad y cuyo encua-

--12-- Respuestas a Le Monde

dre geopolítico es el de mayor complejidad favorable del istmo.

¿Cuáles son las características o rasgos que hacen distinto al ejército guatemalteco respecto de los centroamericanos?

La síntesis de eficacia y bestialidad que singularizan al ejército guatemalteco en Centro América se explica por tres hechos históricos: por la idiosincracia genocida de la clase dominante, de la cual es el principal órgano represivo; por la estructura y la ideología de que ha sido dotado por parte del imperialismo norteamericano y sus aliados contemporáneos y por la explosividad del conflicto social en un país que es a su vez uno de los escenarios más propicios del continente para la guerra irregular.

El actual ejército guatemalteco es creación ideológica y estructural del imperialismo norteamericano. Son las ideas de la burguesía imperialista yanqui las que rigen el pensamiento de los militares guatemaltecos; es su visión del mundo, su enfoque imperial de la geoestrategia, su concepto tecnológico del poderío, su rígido anticomunismo lo que determina las doctrinas militares y la práctica política de la oficialidad del ejército; es en las academias yanquis donde han aprendido estrategia y son asesores norteamericanos quienes los han adiestrado en tácti-

--13-- Respuestas a Le Monde

cas de exterminio; de los arsenales imperialistas provienen los explosivos que arrojan sobre las aldeas de Huehuetenango y sobre los bosques de San Marcos; son reactores de combate y helicópteros fabricados por sus transnacionales los que transportan el cargamento devastador. A partir de la guerra fría, la idiosincracia histórica de explotación, discriminación y violencia de la clase dominante, encuentra en el anticomunismo su síntesis ideológica; en la contrainsurgencia --desde hace veinticuatro años-- el medio principal para la defensa del sistema; en el ejército contrainsurgente, el principal instrumento, cuya práctica es una de las experiencias más brutales y complejas de la contrarrevolución moderna.

A pesar de estos condicionantes históricos y de su apego al modelo estructural y tecnológico originario, el ejército guatemalteco ha desarrollado rasgos que lo singularizan en el ejercicio de la contrainsurgencia. Su práctica durante más de dos décadas de la guerra contrarrevolucionaria --en un país donde el conflicto social se dirime mediante las formas más violentas de lucha y en escenarios que hacen imprescindible el carácter irregular de las mismas-- ha determinado que el órgano represivo fundamental del sistema haya recreado la doctrina yanqui de la contrainsurgencia: adaptándola a la prolongación indefinida en una sociedad dependiente, sin poseer la

--1.4-- Respuestas a Le Monde

base material de quienes la concibieron como estrategia de decisión relativamente rápida, en base al poderío industrial y tecnológico; haciéndola prevalecer en situación de virtual aislamiento político --aunque compensando la condena mundial mediante alianzas con otros regímenes genocidas-- en un mundo en el cual los creadores de la doctrina original partían de la hegemonía; desatando ríos de sangre en defecto de las reformas que la doctrina aconseja, en un país donde los cambios de estructura requeridos para buscarle cauce al conflicto social son incompatibles con el sistema prevaleciente y con el dominio de clase que le corresponde; haciendo contrainsurgente el régimen político, en una sociedad donde la forma de preservar el dominio de clase ha sido el exterminio permanente de los opositores.

Mejía Vítores ha señalado en determinados momentos que el lugar del ejército está en los cuarteles y no en el gobierno. En este sentido ¿pueden considerarse este tipo de declaraciones como el anuncio de un proceso de democratización de la sociedad guatemalteca semejante al que viven los países del cono sur?

Para valorar las posibilidades de democratización del país y estimar el margen de independencia con que contaría un presidente civil, es preciso tener en cuenta dos factores de fondo: la polarización política de la sociedad y el carácter contrainsurgente

--15-- Respuestas a Le Monde

del régimen. Es necesario recordar que en 1979, el ejército asesinó a Alberto Fuentes Mohr y a Manuel Colom Argueta, líderes indiscutidos del posible centro político en el país, con lo cual las opciones intermedias dejaron de existir en los hechos, pues a la liquidación de ambos siguió el desbaratamiento y dispersión de sus partidos. Las fuerzas políticas de alguna importancia que se disputan hoy la presidencia son todas expresiones de la derecha guatemalteca, de sus más sórdidos intereses de clase y de su castración patriótica.

El segundo hecho a tener en cuenta es el carácter contrainsurgente del régimen. La sucesión de golpes de Estado y de gobiernos militares, como expresión del deterioro institucional, pero como reflejo a la vez del grado de dependencia que ha llegado a tener el régimen político en relación al ejército y a su estrategia de contrainsurgencia, ilustran el proceso en que el Estado adopta crecientemente ese carácter, como forzoso resultado de la guerra y de la crisis de poder que determina. La polarización social, la agudeza de la lucha de clases, las contradicciones insolubles del sistema y la crisis institucional permanente, producto de todo ello, llevan a que la única forma de garantizar la sobrevivencia y el funcionamiento del Estado capitalista en el país, sea instaurando

--16-- Respuestas a Le Monde

un régimen político contrainsurgente, independientemente de que el poder formal del gobierno lo ejerzan civiles o militares. Se trata de un régimen basado en el ejército y en la permanente lucha antiguerrillera, exigencia que reclama de aquél un papel hegemónico al interior del Estado y en relación a la clase dominante tradicional; que reclama la subordinación de los intereses parciales de la burguesía al interés central de defender el sistema frente a la amenaza revolucionaria; que exige la implantación de un sistema de seguridad nacional que abarca el país en su conjunto y que se concibe con vigencia para un plazo indefinido, sistema al cual se sujetan los mecanismos políticos con los que tradicionalmente ha dirimido la clase dominante sus disputas internas de poder. La razón central de ser del Estado pasa a ser la lucha contra la subversión revolucionaria del orden establecido. Sólo articulando alrededor de una estrategia única, político-militar, los recursos económicos, militares, políticos y diplomáticos del Estado como tal --debilitado cualitativamente por el esfuerzo de guerra-- resulta posible la defensa y la reproducción del poder. Según sea la situación concreta de la correlación de fuerzas el Estado contrainsurgente hará más énfasis

--17-- Respuestas a Le Monde

en los aspectos políticos o militares de su estrategia.

El ejército, por lo tanto, no se retirará a los cuarteles sino que cuando mucho se replegará a las instituciones que ahora son claves para el funcionamiento del Estado contrainsurgente. Es decir, al sistema de Zonas Militares y Coordinadoras Interinstitucionales en que ha sido dividido el territorio y la administración de la contrainsurgencia. Dichas coordinadoras son, en realidad, la forma de colocar bajo control militar los ministerios clave del Ejecutivo, las instituciones oficiales ligadas al desarrollo y la nueva estructura de poder local creada tras las campañas antiguerrilleras, como son los llamados Polos de Desarrollo y las Patrullas de Autodefensa Civil. Es el esqueleto del verdadero poder del Estado --el poder creado con la guerra-- sustento decisivo del dominio de clase en el presente y de la hegemonía del ejército. Este será el verdadero marco de la "apertura" que tendrá lugar al instalarse el nuevo gobierno y el punto de que habrán de partir nuestros esfuerzos por arrebatarse espacios al régimen, para aprovecharlos en la lucha política y para ampliarlos en la medida de lo posible.

--18-- Respuestas a Le Monde

¿Qué garantías existen de que al entregar el poder Mejía Víctores, el gobierno sucesor mantenga la actual política exterior, sacando progresivamente a Guatemala del aislamiento y consolidando una nueva imagen reformista?

La actual política exterior del gobierno guatemalteco es, obviamente, la prolongación de la política interior. Es, en otras palabras, la continuación de la guerra por otros medios, por los medios político-diplomáticos. La doctrina que rige la política exterior del Estado contrainsurgente guatemalteco se basa en tres principios: a) Prioridad del conflicto político-militar interno; b) Auto-nomía frente a las presiones del gobierno norteamericano; c) Neutralidad en el conflicto de Centro América. Sus objetivos, como Usted apunta, consisten en sacar al régimen del aislamiento internacional, construyendo nuevas alianzas o reconstruyendo las anteriores, a la vez que trata de revertir la correlación político-diplomática de fuerzas lograda en los años previos por el movimiento revolucionario. En su definición doctrinal, el ejército parte de la convicción de que los resultados de la lucha en el interior del país deben tener continuidad y proyección internacionalmente, teniendo en cuenta que el fenómeno revolucionario no depende exclusivamente de factores internos y que la política es la continuación de la guerra. De ahí el acercamiento del gobier-

--19-- Respuestas a Le Monde

no guatemalteco a las posiciones de Contadora, la virtual neutralidad mantenida hasta hoy en el conflicto de Nicaragua y la reticencia que considerábamos al principio en cuanto a su alineamiento efectivo en los planes del imperialismo. El papel real del ejército guatemalteco en relación al área, sin embargo, hay que medirlo a partir de su papel como cliente y redistribuidor de la industria militar israelí, como exportador de tácticas de contrainsurgencia y como base negociable de operaciones para la logística de las tropas intervencionistas yanquis. En los marcos internos y externos analizados, el margen de ruptura o redefinición de la actual política exterior para el gobierno civil emergente, es objetivamente exiguo.

¿Cómo evalúa la situación actual del movimiento revolucionario guatemalteco y sus perspectivas de toma del poder?

En apretada síntesis, reafirmando la actualidad histórica de la revolución guatemalteca y el carácter violento de la vía por la que ha de lograrse. Tras la etapa de luchas que se cierra, el movimiento revolucionario enfrenta de nuevo una derrota temporal, pero ha acumulado en su transcurso recursos reales y potenciales como nunca antes en su historia. Un pueblo forjado en las más altas y agudas

--20-- Respuestas a Le Monde

formas de lucha, una generación completa de militantes dueños de invaluable experiencias y de disposición revolucionaria a toda prueba y la conciencia universal acerca de la justeza de la causa guatemalteca, es nuestro principal haber. Los años de lucha armada transcurridos han demostrado la validez de la guerra de guerrillas como forma estratégica de lucha; pero también sus insuficiencias y sus límites para derrotar al enemigo sólo por esa vía. Hoy es más evidente que nunca la necesidad del engarce global de la guerra de guerrillas con programas sociales y políticos, con formas amplias de lucha de masas y con otras formas estratégicas de la violencia revolucionaria, principalmente con las formas insurreccionales de lucha. Hasta hoy, el esfuerzo político-militar ha recaído casi exclusivamente en el campesinado pobre. Es preciso diseñar las formas de lucha adecuadas para incorporar a la acción armada al proletariado indio y ladino, pues su participación en el esfuerzo militar revolucionario es imprescindible para equilibrar la guerra en términos geoestratégicos, pero sobre todo como garantía de clase en función de prefigurar durante la lucha la nueva sociedad. La recuperación de la lucha revolucionaria y la creación de condiciones para la toma del poder --en la nueva etapa de luchas que se inicia en el país y en el área, tras las recomposiciones logradas por el enemigo interno y tras el inicio de la intervención impe-

--21-- Respuestas a Le Monde

rialista en la región-- exigen transformaciones cualitativas de las organizaciones revolucionarias, en el sentido de superar el actual tipo de organización político-militar por la vía de partidos revolucionarios de combate, y construir la unidad revolucionaria sobre bases ideológicas, estratégicas y programáticas. Remontar la actual correlación desfavorable de fuerzas y encaminarnos a fases de toma del poder, no puede concebirse en las condiciones de nuestro país sino en el largo plazo. Pero nuestra victoria ocurrirá indefectiblemente.

¿Cuál sería, a su juicio, el error principal a corregir por el movimiento revolucionario de su país?

El viejo error de las guerrillas latinoamericanas que consiste en equiparar la revolución a la guerra y el programa a la estrategia militar, sustituyendo la lucha de clases por el foco guerrillero y confundiendo lo político con lo militar. En nuestra experiencia, este error se manifestó al preconcebir, mediante una determinada formulación estratégica para hacer la guerra, el curso de la lucha de clases, subordinando o subsumiendo en el esquema preconcebido la multiplicidad y la riqueza con que aquélla se manifiesta en la sociedad.

El examen de las guerras revolucionarias contemporáneas, como son las experiencias china, vietnamita,

--22-- Respuestas a Le Monde

cubana y nicaragüense, revelan que la clave para que surgieran o pudieran desarrollarse los ejércitos revolucionarios residió en la inserción oportuna de la vanguardia en la lucha de clases, o en sus epicentros geográficos en una coyuntura favorable, a partir de lo cual la lucha de clases adopta la forma de una lucha armada de distinto carácter, según las características del país y del momento histórico.

El surgimiento del Ejército Rojo en China, en 1927, no fue la obra de una decisión estratégica tomada a priori por Mao Tse-tung; fue el resultado militar de la intensa, compleja y generalizada lucha de clases que tenía lugar entonces en el campo y en las ciudades chinas, en el marco de la reciente revolución democrático-nacional dirigida por el Kuomintang, de la Expedición al Norte y de las luchas intestinas en el partido dirigente que fraccionaron al Ejército Revolucionario Nacional. Fue esa lucha de clases la que hizo posible que en 1927 se organizaran distintas fuerzas armadas campesinas y obreras, bajo la dirección de jefes militares revolucionarios experimentados, y que tras el incidente de Changshá, del Levantamiento de Nanchang y del Levantamiento de la Cosecha de Otoño, Mao Tse-tung condujera a esas fuerzas insurreccionales a las montañas Ching kang, en la región fronteriza de Hu-

--23-- Respuestas a Le Monde

nán-Chiansí, iniciándose el periodo de la Segunda Guerra Civil Revolucionaria. Las elaboraciones teóricas de Mao Tse-tung sobre la guerra, por lo tanto, no son previas a la existencia del Ejército Rojo, sino que son posteriores a su surgimiento; no son un plan para gestarlo, sino elaboraciones estratégicas para desarrollarlo y derrotar al ejército enemigo; no predeterminan el curso de la lucha de clases, sino que la interpretan --en una situación desarrollada de guerra-- para prever su curso y darle solución a sus contradicciones.

Similares lecciones se extraen de la experiencia vietnamita. El surgimiento del Ejército de Liberación de Vietnam, en 1945, fue producto de la fusión del Ejército de Salvación Nacional y del Destacamento de Propaganda por la Liberación, surgidos ambos del seno de las vigorosas y generalizadas luchas insurreccionales anticoloniales, durante la compleja y favorable coyuntura indochina que se conformó al finalizar la Segunda Guerra Mundial, cuando franceses y japoneses perdieron control del territorio interior como producto de la conflagración. Los antecedentes de aquellas insurrecciones anticoloniales se hallan en las luchas populares que culminaron en los soviets de Nghe Tinh, en 1930-31, en cuyas tradiciones se forjó el Partido Comunista Indochino. Interpretando la lucha de clases y valorando el momento de iniciar la acción

--24-- Respuestas a Le Monde

armada, en esos años, Ho Chi Minh "elogiaba el heroico espíritu de lucha de las masas y señalaba que las tareas inmediatas del Partido eran reunir, organizar y conducir a las masas a la lucha por sus reivindicaciones cotidianas y no por el camino de la sublevación para la conquista del poder en las localidades", según se consigna en la obra 50 AÑOS DE ACTIVIDADES DEL PARTIDO COMUNISTA DE VIETNAM. Truong Chinh, resumiendo la experiencia fundamental del Partido en esa época, escribe en EL MARXISMO VIETNAMITA: "Durante el proceso revolucionario es absolutamente necesario estimular a las masas para que participen en la lucha política en diferentes formas, y de esta manera educarlas, movilizarlas y organizarlas; se deben reclutar más miembros a fin de desarrollar el Partido y ampliar las organizaciones políticas de masas (construir un 'ejército político de masas'). Sólo en un momento dado, cuando maduren las condiciones, se fundarán las fuerzas armadas revolucionarias del pueblo y se librará la lucha armada. Las organizaciones políticas de masas constituyen la base de las fuerzas armadas populares. Solamente en esas condiciones el pez (las fuerzas armadas populares) podrá tener el agua (las organizaciones-núcleos de masas) para nadar". También en la experiencia vietnamita, por lo tanto, la lucha militar no precede a la lucha política, sino al revés; la organización del ejército no antecede a la organización

--25-- Respuestas a Le Monde

política de las masas, sino que la sucede; la concepción de Guerra del Pueblo no es previa a la lucha de clases sino que constituye su síntesis político-militar.

Realizada en escenarios geográficos diferentes y en una coyuntura histórica por completo distinta, la lucha armada cubana arroja, sin embargo, una lección en esencia similar: el esfuerzo de Fidel por insertar su esfuerzo militar en el vórtice histórico de la lucha de clases cubana, la provincia de Oriente. La selección de la Sierra Maestra como escenario militar no estuvo determinada solamente por sus favorables características topográficas --como tampoco lo fue por esa razón la cordillera de Ching kang en la experiencia china--, sino fundamentalmente por constituir un macizo montañoso propicio para la guerra irregular, en el corazón de la provincia que sintetizaba las mejores tradiciones insurreccionales y patrióticas del pueblo cubano. Allí se había escenificado en lo fundamental la más grande gesta nacional --la Guerra de Independencia--, la provincia de Céspedes, de Agramonte, de Maceo, de Martí. El Movimiento 26 de Julio contaba allí con una sólida organización, entre una población que no era ajena a las tradiciones y a la disposición insurreccionalista. El plan original de Fidel Castro al asaltar el Cuartel Moncada, en 1953, se basaba precisamente en una perspectiva insurreccional. Al desembarcar en las Colora-

--26-- Respuestas a Le Monde

das, en 1956, la concepción estratégica militar presuponía también el desencadenamiento de luchas insurreccionales en Santiago de Cuba y en otras ciudades de la provincia. La Sierra Maestra, en esa medida, se constituyó en el epicentro de una lucha política que adoptó, a partir del desastre del desembarco, la forma de una guerra irregular; los campamentos serranos fueron la sede de la dirección político-militar del movimiento, y el Ejército Rebelde el instrumento armado. Leemos en LA UNION NOS DIO LA VICTORIA, Informe del CC al Primer Congreso del PCC: "Cuando las condiciones objetivas están dadas para la revolución, ciertos factores subjetivos pueden jugar entonces un papel importante en los acontecimientos. Eso ocurrió en nuestro país. Esto no constituye un mérito particular de los hombres que elaboraron una estrategia revolucionaria que a la larga resultó victoriosa. Ellos recibieron la valiosa experiencia de nuestras luchas en el terreno militar y político; pudieron inspirarse en las heroicas contiendas por nuestra independencia, rico caudal de tradiciones combati-vas y amor a la libertad en el alma del pueblo, y nutrirse del pensamiento político que guió la revolución del 95 y la doctrina revolucionaria que alien-ta la lucha social liberadora de los tiempos moder-nos, que hicieron posible concebir la acción sobre estos sólidos pilares: el pueblo, la experiencia

--27-- Respuestas a Le Monde

histórica, las enseñanzas de Martí, los principios del marxismo-leninismo, y una apreciación correcta de lo que en las condiciones de Cuba podía y debía hacerse en aquel momento". Y agrega: "Surge la idea de iniciar la lucha en la provincia de Oriente considerando las tradiciones combativas de la población, la topografía del terreno, la geografía del país, la distancia de la capital y del grueso de las fuerzas represivas que tendrían que ser obligadas a recorrer grandes trayectos, para todo lo cual había que adquirir las armas tomándolas de los depósitos enemigos en esa provincia. La acción militar estaría unida a un intento de levantar al pueblo desatando la huelga general revolucionaria, pero contemplaba desde entonces la posibilidad de un repliegue a las montañas y el inicio de la guerra irregular, que tenía valiosos antecedentes en la historia de nuestras luchas por la independencia. Era ya en germen la idea de todo lo que efectivamente se realizó más tarde desde la Sierra Maestra. La acción militar y la lucha social y de masas estuvieron estrechamente vinculadas en sus concepciones desde el primer instante". La experiencia cubana, por lo tanto, también confirma la ley de la guerra revolucionaria de que los ejércitos populares sólo pueden surgir en los epicentros de la lucha de clases.

--28-- Respuestas a Le Monde

La experiencia nicaraguense, finalmente, también confirma esta ley. Hasta 1977, la historia de las guerrillas sandinistas es similar a la de la mayoría de los esfuerzos militares revolucionarios desplegados en el continente, luego del triunfo de la revolución en Cuba. Eran unidades o incluso columnas guerrilleras más o menos aisladas del movimiento real de las masas, más o menos activas y en uso de la iniciativa militar, según las circunstancias, sobreviviendo simplemente por periodos prolongados, y en todo caso sin incidencia real en la situación de conjunto. En 1977, a partir del intento insurreccional de octubre, se inicia el proceso en que el FSLN modifica su concepción estratégica, priorizando --aunque sin excluir las formas guerrilleras de lucha, sino complementándola-- la estrategia insurreccional para estimular o insertarse en el movimiento real de las masas. Dice Humberto Ortega, en su entrevista con Marta Harnecker: "Por otra parte, si bien la crisis existía, las masas no reaccionaban frente a ella y sólo veían que la vanguardia estaba siendo golpeada. Estas acciones reactivaron la hegemonía del sandinismo en las masas y la confianza de las masas en sus propias luchas reivindicativas y políticas. Y llevaron al somocismo a cometer graves errores, siendo el principal de ellos el asesinato de Pedro Joaquín Chamorro, el 10 de enero de 1978". Y antes ha dicho:

--29-- Respuestas a Le Monde

"La verdad es que siempre se pensó en las masas, pero se pensó en ellas más bien como un apoyo a la guerrilla, para que la guerrilla como tal pudiera quebrar a la Guardia Nacional, y no como se dio en la práctica: fue la guerrilla la que sirvió de apoyo a las masas para que éstas, mediante la insurrección, desbarataran al enemigo. Así, pensábamos todos. Fue la práctica la que nos fue cambiando y nos hizo ver que para vencer había que activar no sólo nuestros contingentes guerrilleros, sino que tenían que participar las masas activamente en esa lucha armada, porque el movimiento armado de la vanguardia nunca iba a tener el armamento necesario para quebrar a ese enemigo. Sólo en la teoría podíamos tener las armas y los recursos para quebrar a la Guardia Nacional. Nos dimos cuenta de que nuestra principal fuerza estaba en ser capaces de mantener una situación de movilización total: social, económica y política, que dispersara la capacidad técnica y militar que el enemigo sí tenía organizada"

La experiencia internacional, por lo tanto, enseña que los ejércitos revolucionarios sólo surgen y se hacen fuertes en los epicentros de la lucha de clases; que la forma que toma la lucha de clases en un momento determinado de su desarrollo son las insurrecciones armadas populares; que de las insurrecciones surgen los ejércitos o a partir de ellas se

--30-- Respuestas a Le Monde

tornan poderosos y que la estrategia revolucionaria representa su interpretación y su síntesis.

-En Guatemala, nosotros hemos procedido justamente al revés. En 1963, año en que se inicia la lucha armada guerrillera en el país, buscamos la Sierra de Las Minas como escenario de implantación de las primeras guerrillas, valorando fundamentalmente las ventajas topográficas del macizo montañoso. El epicentro de la lucha de clases estaba entonces en la capital del país; la zona del nor-orienté elegida representaba el teatro de operaciones menos propicio para insertarse en esa lucha. Al seleccionar la región fronteriza de Ixcán, en 1972 --debido a sus formidables características topográficas y a su más favorable composición social-- persistimos en el error conceptual de equiparar la revolución con el proceso militar a través del cual aquélla debe transcurrir, una vez que la guerra de guerrillas ha sido definida como la forma principal y estratégica de lucha. Al seleccionar los escenarios de implantación guerrillera --en realidad implantación política entre sectores de las masas que no despliegan aún por sí mismas sus propias luchas de clase-- trasladamos mecánica y superficialmente a nuestro país la experiencia internacional y no corregimos nuestra propia experiencia. Al preconcebir, al margen de la lucha de las masas, la estrategia mediante la cual

--31-- Respuestas a Le Monde

la lucha armada debe desarrollarse, en realidad obramos justamente al revés de como procedieron los dirigentes de las guerras revolucionarias contemporáneas. A saber, predeterminando el desarrollo de la guerra, sus tareas y etapas, a partir simplemente de constatar que en el país no existen condiciones para un cambio pacífico. Salvo en algunas zonas de la montaña y por algunos periodos, las distintas etapas preconcebidas de la guerra --y según nosotros, de la revolución-- se dieron en relación de desfase con la lucha y el movimiento real de las masas. Y, paradójicamente, al estimular de hecho con nuestra acción las insurrecciones rurales, no teníamos preparado el factor militar suficientemente ni a partir de ese momento fuimos capaces de desarrollarlo. Es decir, en ninguno de los momentos de la guerra que nosotros mismos preconcebimos como línea militar tuvimos en cuenta las particulares condiciones objetivas y subjetivas --ni los escenarios que corresponden-- que llevaron a Mao Tse-tung, a Ho Chi Minh, a Fidel Castro y al FSLN a agrupar o reagrupar sus fuerzas en Chingkang, en el Cao-Bac-Lang, en la Sierra Maestra o en las ciudades insurrectas nicaragüenses.

Septiembre de 1985